

José Carlos Bermejo · Ariel Álvarez Valdés

PEREGRINAR A JESÚS

Dios, Jesús y la Salud



Desclée De Brouwer

José Carlos Bermejo
Ariel Álvarez Valdés

Peregrinar a Jesús

Dios, Jesús y la Salud



Desclée De Brouwer

© José Carlos Bermejo y Ariel Álvarez Valdés, 2019

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2019

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edeslee.com

info@edeslee.com



EditorialDesclee



@EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3039-9

Depósito Legal: BI-355-2019

Impresión: Grafo, S.A. - Basauri

¿Por qué necesitamos “otra iglesia”?

Descárgalo gratis en edeslee.info con el código:

OTRAIGLESIA3039

Índice

Introducción	9
<i>José Carlos Bermejo</i>	
¿Por qué Dios permite los males y la muerte?	11
<i>Ariel Álvarez</i>	
Dios y el sufrimiento	21
<i>José Carlos Bermejo</i>	
¿Cómo hacía Jesús sus milagros?	29
<i>Ariel Álvarez</i>	
Persuadir al bien	39
<i>José Carlos Bermejo</i>	
¿El diablo y el demonio son lo mismo?	47
<i>Ariel Álvarez</i>	
Culpa y enfermedad. Demonio y diablo	57
<i>José Carlos Bermejo</i>	
¿Por qué Jesús se enojó con un leproso?	65
<i>Ariel Álvarez</i>	
Querer curarse. La motivación	75
<i>José Carlos Bermejo</i>	
¿Hubo un milagro que le salió mal a Jesús?	81
<i>Ariel Álvarez</i>	

PEREGRINAR A JESÚS

Mirar y ver	93
<i>José Carlos Bermejo</i>	
¿Cómo pudo Jesús caminar sobre las aguas?	101
<i>Ariel Álvarez</i>	
Caminar sobre el líquido en una sociedad gaseosa	111
<i>José Carlos Bermejo</i>	
¿Hizo Jesús un milagro a un homosexual?	117
<i>Ariel Álvarez</i>	
Por un mundo más humano e inclusivo	129
<i>José Carlos Bermejo</i>	
¿Ordenó Jesús amar a los enemigos?	137
<i>Ariel Álvarez</i>	
Ayudar a quien rechazamos	147
<i>José Carlos Bermejo</i>	
¿Por qué ordenó Jesús perdonar a los enemigos?	153
<i>Ariel Álvarez</i>	
Acompañar a perdonar	163
<i>José Carlos Bermejo</i>	
Cerrando el libro	169
<i>José Carlos Bermejo</i>	

Introducción

José Carlos Bermejo

Este es un sencillo libro que nace como resultado por la pasión por acercarnos a Jesús, al Jesús en el que creemos los cristianos, el Jesús presentado en el Evangelio, tan necesitado de ser conocido y explorado desde distintos puntos de vista. Uno de ellos es el histórico, con las metodologías adecuadas para discernir lo que significan los textos, así como las implicaciones que esto puede tener para la vida de los seguidores de Jesús. A El hemos de peregrinar antes que a ninguna otra referencia, como cristianos. Incluso otras peregrinaciones pueden despistarnos, aunque no siempre.

Jesús está aún por explorar, pensamos algunos en la Iglesia. El refuerzo que han recibido algunos aspectos teológicos desde la tradición, la vida litúrgica, el culto y muchos imaginarios culturales, han podido contribuir a mantener vivo y pendiente el desafío de conocer a la persona de Jesús, en su más inmediata posibilidad: su humanidad, su identidad, su mensaje constructor de salud para un mundo tan necesitado de ella. Peregrinar a Jesús y su mensaje y praxis sobre la salud.

La salud, y la intervención sobre su ausencia, es decir, la actividad terapéutica, no es solo una cuestión que se reduce al ámbito biológico y, cuando no se explican otros resultados, al ámbito de la milagrería. La salud es mucho más. Tiene que ver con la relación

de uno mismo consigo mismo, con los demás, con sus pensamientos, sus sentimientos, sus conductas, los dinamismos de inclusión o exclusión de parte de la comunidad. Por eso, la posibilidad de intervenir y acompañar a quien está enfermo, desde la perspectiva cristiana, es un apasionante proceso de desenmascarar tanto las fuerzas del mal como los recursos para generar el bien, la paz interior, la bondad relacional, la felicidad, el gozo de una vida equilibrada, integrada, comprometida con el Reino.

Acompañar a recuperar la salud es también un desafío de admirables potencialidades. El “miraculum” –digno de ser admirado– está al alcance del poder del amor que es capaz de transformar todo. El milagro del Reino de Dios es una sana utopía que ya está entre nosotros y, a la vez, está pendiente de que lo hagamos dinamismo cotidiano.

Estas páginas, de carácter fundamentalmente divulgativo, no están exentas de profesionalidad en su investigación. Se presentan de modo accesible para provocar el deseo de conocer más y mejor a Jesús y su implicación con la salud y la felicidad para hoy. Son susceptibles de ser completadas, matizadas, mayormente explicadas. Están abiertas a seguir profundizando en nuevas peregrinaciones a Jesús.

¿Por qué Dios permite los males y la muerte?

Ariel Álvarez

La bofetada del filósofo

Hace 2.300 años, un filósofo griego llamado Epicuro se paseaba por las calles de Atenas planteando a los atenienses un inquietante dilema que nadie podía resolver, y que todavía hoy sigue perturbando a la gente. Epicuro decía: “Frente a la creencia en Dios y al mal que existe en el mundo, solo hay dos posibles respuestas: o Dios no puede evitarlo, o Dios no quiere evitarlo. Si no puede, entonces no es omnipotente, y no nos sirve como Dios; si no quiere, entonces es un malvado, y no nos conviene como Dios”. Cualquiera de las dos respuestas hacía trizas la imagen de la divinidad.

Actualmente, frente a las calamidades que sacuden nuestro mundo, especialmente las vinculadas con la naturaleza (tsunamis, terremotos, inundaciones, erupciones volcánicas), y que arrasan ciudades enteras cobrándose miles de vidas, el dilema de Epicuro sigue resonando como una bofetada en la fe de millones de creyentes, que continúan preguntándose cómo es posible que un Dios amoroso y providente pueda permitir semejantes desgracias en la vida de sus hijos, sin intervenir ni brindar ayuda.

Epicuro, con su dilema, no pretendía negar la existencia de Dios. Solo llamaba la atención sobre la presencia del mal en el

mundo. Sin embargo, su planteamiento condujo a mucha gente a abandonar la fe. Y es comprensible, ya que resulta cuanto menos escandaloso que Dios, pudiendo evitar los cataclismos que estremecen nuestro afligido mundo, no quiera hacerlo o no pueda hacerlo.

Autor de iniquidades

¿Se puede resolver el dilema de Epicuro? Claro que sí. En primer lugar, debemos empezar por reconocer que Dios no es el responsable de los males que nos rodean. Algo muy difícil de admitir para los cristianos, ya que cuando uno lee el Antiguo Testamento, resulta sorprendente ver la cantidad de males que Dios envía a la gente. Innumerables episodios bíblicos describen a Yahvé, Dios de Israel, castigando a los hombres con enfermedades, sufrimientos, y hasta con la muerte misma.

Por ejemplo, él mandó el diluvio que aniquiló a casi toda la humanidad (Gn 6, 7); destruyó la ciudad de Sodoma, haciendo bajar fuego y azufre sobre ella (Gn 19, 24); convirtió en estatua de sal a la mujer de Lot por haber mirado hacia atrás (Gn 19, 26); volvió estéril a Raquel, la segunda mujer de Jacob (Gn 30, 1-2); hizo nacer tartamudo a Moisés (Ex 4, 10-12); castigó con la lepra a su hermana Miriam (Dt 24, 9); mató a los primogénitos de las familias egipcias (Ex 12, 13); provocó las derrotas militares de los israelitas (Jos 7, 2-15; Jc 2, 14-15); hizo morir al hijo del rey David (2 Sm 12, 15); causó la división política del Reino de Israel, con todas sus consecuencias funestas (1 Re 11, 9-11); dejó ciego al ejército de los arameos, cuando atacaron la ciudad de Dotán (2 Re 6, 18-20); y podríamos seguir con muchos otros ejemplos.

Pero en la Biblia, Dios no solo es responsable de las enfermedades y las muertes, sino también de los desastres naturales y

cataclismos. Así, fue Yahvé quien envió una invasión de serpientes venenosas para que mordieran a los israelitas cuando estaban en el desierto (Nm 21, 6); quien produjo un terremoto para que acabara con todos los que se habían sublevado contra Moisés (Nm 16, 31-32); quien mandó una peste sobre Israel, en la que murieron 70.000 personas (2 Sm 24, 15); y quien provocó una sequía de tres años en todo el país (1 Re 17, 1).

Nada sin que él lo mande

En el Antiguo Testamento, pues, todos los infortunios, las enfermedades y hasta la misma muerte aparecen originadas por Dios. Tal convicción se halla claramente expuesta en el libro de Isaías, donde Dios le dice al profeta: *Yo, Yahvé, creo la luz y las tinieblas; yo mando el bienestar y las desgracias; yo lo hago todo* (Is 44, 7). Y en el libro de Oseas el profeta exclama: *Dios nos lastimó, y él nos curará; Dios nos ha herido, y él nos vendará* (Os 6, 1). Por eso el pobre salmista se siente con derecho de reclamar al Señor: *Desde mi infancia vivo enfermo y soy un infeliz. He soportado cosas terribles de tu parte, y ya no puedo más; me has mostrado tu enojo, y tus castigos me han destruido* (Sal 88, 16-17).

En casi todas las páginas del Antiguo Testamento se oye hablar de la ira de Dios que se enciende contra su pueblo. ¿Cómo Israel pudo concebir una imagen tan terrorífica de su Dios? Es fácil comprenderlo. Cuando se escribió el Antiguo Testamento, las ciencias aún no se habían desarrollado. No se conocían las leyes de la naturaleza, ni las causas de las enfermedades, ni por qué sucedían los fenómenos ambientales. La misma psicología era bastante elemental, y los conceptos de libertad y responsabilidad humanas estaban muy poco desarrollados.